

«Escasas son las revistas hispalatinoamericanas de literatura que no publicaron nunca un inédito de Jorge Luis Borges. Babel se precia de ser una de ellas. (...) Publicarlo, volver a publicarlo aquí puede parecer un capricho. Pero un capricho fundado en el asombro ante la persistencia, ante la tediosa repetición de argumentos que ya aquí, ya entonces, se derrumbaban silenciosamente. Con las premisas de las que ríe el maestro se construyeron después empresas nobelísticas de gran bombo, y epifenómenos de baja chaya. La repetición de aquellas befas, entonces, y de las buenas razones que aún las sostienen, se propone aquí como mantra de esta trama criolla, manta para abrigar la esperanza de zonceras menos recurrentes en las esforzadas letras de la patria», decía la presentación, y el artículo, como es fama, se preguntaba por la tradición argentina, por la falta de camellos en el Corán y descubría que «o ser argentino es una fatalidad y en ese caso lo seremos de cualquier modo, o ser argentino es una mera afectación, una máscara». Y, más específicamente: «Los nacionalistas simulan venerar las capacidades de la mente argentina pero quieren limitar el ejercicio poético de esa mente a algunos pobres temas locales, como si los argentinos sólo pudiéramos hablar de orillas y de estancias y no del universo».

Decía Borges, refiriéndose a otros que eran los mismos. (Y podría parecer curioso que fuera un texto de 50 años el que sintetizara una polémica actual. Lo sería sólo para quien creyera en el progreso o, peor, confundiese la literatura con la historia de la literatura).

La discusión, por momentos, se hacía ardua. Éramos lo suficientemente jóvenes como para haber publicado poco: sospecho que la virulencia de las poéticas es inversamente proporcional a la cantidad y calidad de los libros publicados. Las discusiones arrecian en los días en que son ellas las que lo dicen todo. Después, son ellos los que hablan.

Éramos, en algunos puntos, partisanos. Y alguien quizá pierda unas horas alguna vez en pensar por qué la batalla de esos días circuló a través de la crítica. Muchos nos reprocharon ciertos elogios —«desmedidos»— a nuevas novelas de los amigos y colaboradores más conspicuos porque nos interesaba su literatura, y suponíamos que el hecho de que lo fueran no era suficiente pa-

ra menospreciarla. Y, además, nos importaba poco que nos lo reprocharan.

*Babel* siempre mantuvo entre sus orgullos el de la diversidad. Si muchos libros de sus colaboradores fueron encomiados por la revista, siempre nos hemos jactado de casos en que otros colaboradores, incluso algún encargado de sección, recibió palos y palos. Porque los artículos de *Babel* eran territorio de sus firmantes. Nosotros teníamos, obviamente, la potestad de decidir a quién encargábamos qué; pero, de ahí en más, no nos permitíamos otras intervenciones.

★

Las tardes de *Babel* no se parecían a las de Sylvia Beach. Es probable que Anne de Noailles no nos habría dedicado siquiera un desaire, y la dama Victoria nos hubiese despreciado como amantes, pero a veces las visitas se quedaban, so pretexto de una entrega o de un encargo y podíamos dedicar horas a hablar de literatura, es decir: mal de la prosa, la moda y las costumbres de otros escritores, bien de algún libro que siempre estábamos por escribir y de muy pocos más.

Y, casi como fatalidad, seguíamos publicando número tras número, más allá de toda lógica. *Babel* se había convertido, por soledad, supongo, en uno de los centros del debate cultural. Recibíamos innumerables declaraciones de apoyo, y casi ninguna ayuda efectiva. Sobrevivimos a todas las crisis económicas: en junio de 1991 no logramos sobrevivir al hastío.

Había días en que era agradable hacer *Babel*. Había días en que no importaba, y días en que era realmente intolerable. Otras veces nos la elogiaban o envidiaban, muchas nos atacaban demasiado. Ahora, sobre todo, es agradable haberla hecho: sospecho que la revista es uno de los géneros que cualquier escritor debería intentar alguna vez. Pero ese ejercicio no incluye la obscenidad de un análisis posterior. Lo que no se puede decir no se puede decir y, sobre *Babel*, yo no puedo sino contar, esa impudicia que es la forma más pudorosa de la reflexión.

**Martín Caparrós**

# Teatro Abierto: un fenómeno antifascista

**T**eatro Abierto fue un movimiento de los artistas teatrales de Buenos Aires que surgió en 1981 bajo el régimen militar y desapareció en 1985, un año después de recuperada la democracia. Nació por el impulso de un grupo de autores dispuestos a reafirmar la existencia de la dramaturgia argentina aislada por la censura en las salas oficiales y silenciada en las escuelas de teatro del Estado.

Un día de finales de 1980 los autores se propusieron mostrarse masivamente en un escenario y 21 de ellos escribieron otras tantas obras breves que, a tres por día, formaron siete espectáculos que debían repetirse durante ocho semanas. Cada obra sería dirigida por un director distinto y representada por intérpretes diferentes para dar lugar a una presencia también masiva de los actores. Casi 200 personas entre autores, actores, directores, plásticos y técnicos participaron del primer ciclo.

Teatro Abierto se inauguró el 28 de julio de 1981 en el Teatro del Picadero, una sala de la periferia del centro porteño recién inaugurada, y desde la primera función provocó una convocatoria de público entusiasmado que desbordó las 300 localidades previstas. Las funciones se realizaban en un horario insólito, a las 6 de la tarde, y el precio de la entrada equivalía a la mitad del costo de una localidad de cine.

• Una semana después de inaugurado, un comando ligado a la dictadura (se dijo que pertenecía a la Marina) incendió las instalaciones de la sala. Al igual que el público, los militares habían advertido que estaban en presencia de un fenómeno más político que teatral.

El atentado provocó la indignación de todo el medio cultural. Casi veinte dueños de salas, incluidas las más comerciales, se ofrecieron para asegurar la continuidad del ciclo. Más de cien pintores donaron cuadros destinados a recolectar dinero y recuperar las pérdidas. Los hombres más importantes de la cultura y de los derechos humanos —Jorge Luis Borges, Ernesto Sábato y el premio Nobel de la Paz, Adolfo Pérez Esquivel— expresaron su adhesión. Teatro Abierto pudo continuar en el Teatro Tabaris, la más comercial de todas las salas de la calle Corrientes y con el doble de capacidad que el Teatro del Picadero. El ciclo se desarrolló a teatro lleno y con un entusiasmo del público que superaba el fenómeno teatral para convertir cada función en un mitin antifascista.

Así se cumplieron tres ediciones de Teatro Abierto bajo el régimen militar (1981-82-83). En 1984, primer año de democracia, los integrantes de Teatro Abierto se dedicaron a discutir la manera de encarar la continuidad, ahora que el pretexto que le había dado origen, la dictadura militar, ya no estaba. Teatro Abierto se prolongó bajo la democracia en otras dos ediciones y luego desapareció.

En las notas que siguen, tres de sus principales protagonistas, dramaturgos los tres, se refieren al fenómeno. Roberto Cossa analiza la situación general de la Argentina en los tiempos en que surgió Teatro Abierto; Osvaldo Dragún, su verdadero inspirador, recuerda la historia, desde su inicio hasta la culminación del primer ciclo, y Mauricio Kartun, los ciclos de transición a la democracia hasta su extinción.

Cabe recordar que la repercusión de Teatro Abierto estimularía a otros artistas y así surgirían, a partir de 1982, Danza Abierta, Poesía Abierta y Cine Abierto, aunque ninguno de ellos alcanzaría la dimensión que tuvo el fenómeno teatral convertido, por el imperio de circunstancias no previstas, en el más importante de los focos de resistencia cultural a la dictadura de los militares.

**R. C.**

## Tiempos de silencio

En el mes de julio de 1981 la dictadura argentina iniciaba su proceso de declinación. En aquellos estamentos donde el verdadero poder toma decisiones se pensaba que los militares debían prepararse para abandonar el gobierno conquistado hacía cinco años y medio. Los hombres de uniforme habían cumplido sobradamente su misión principal: aniquilar a la guerrilla izquierdista armada y desactivar las estructuras políticas y gremiales más combativas.

El plan militar se desarrolló a la perfección, pero el costo fue muy grande. Los métodos aplicados por los dictadores horrorizaban al mundo. La imagen internacional de la Argentina ponía en peligro su futuro como país integrante de la comunidad civilizada.

Las prácticas de terror aplicadas en los cuarteles y comisarías del país eran conocidas desde hacía tiempo por las organizaciones políticas y por las entidades de derechos humanos de todo el mundo. Los sectores progresistas se desgañitaban desde 1976, pero no habían sido escuchados. Hasta que, finalmente, los alaridos de los torturados, los quejidos de las Madres, el silencio de los desaparecidos y las reiteradas denuncias de los exiliados atravesaron todos los muros de la comunidad internacional. Ya nadie podía hacerse el tonto sobre lo que estaba sucediendo en la Argentina.

Desde mediados de 1980 circulaba por todos los despachos diplomáticos, políticos y periodísticos del mundo un informe de la Comisión de Derechos Humanos de la Organización de Estados Americanos (OEA). Se trataba de dos gruesos tomos que contenían escalofriantes denuncias sobre el sistema de terror aplicado por los militares argentinos.

De hecho, si la complaciente burocracia diplomática latinoamericana condenaba a la dictadura militar argentina, quería decir que el mundo le estaba extendiendo su certificado de defunción.

En síntesis: a mediados de 1981 el poder militar en la Argentina estaba agotado. Había que pensar de qué manera no traumática se produciría el recambio. Finalmente, se trataba de preservar el sistema cambiándole la fachada.

En julio de 1981 todo parecía encaminarse por carriles previsibles. Nadie podía sospechar lo que ocurriría ocho meses después: la demencial invasión de las islas Malvinas, un intento desesperado de un comando militar decadente, conducido por un general delirante y borracho, por permanecer en el poder. «Los militares argentinos huyen para adelante», iba a ironizar Jorge Luis Borges cuando se enteró del desembarco argentino.

### Argentina: julio de 1981

Cinco años y tres meses después del golpe que derrocó al gobierno legal de Isabel Perón, la sociedad argentina estaba reponiéndose del plan de exterminio aplicado por los militares. La «guerra» había terminado hacía más de un año, pero los mecanismos de represión y censura persistían.

Hasta fines de 1980 sólo las Madres de la Plaza de Mayo desafiaban al régimen con su rito semanal, valiente y solitario, girando alrededor de la pirámide de la plaza, frente a la Casa de Gobierno, con sus cabezas cubiertas por pañuelos blancos. Fue por aquel tiempo cuando empezaron a registrarse los primeros brotes de resistencia. Era evidente que la actitud de la ciudadanía comenzaba a cambiar, en principio la de aquellos sectores más castigados por el régimen: la clase obrera y los intelectuales. Como síntomas de resistencia aparecieron las huelgas aisladas, las protestas populares focalizadas y las primeras reacciones de la prensa independiente.

Hasta los grandes diarios comenzaron a filtrar noticias y comentarios críticos al régimen, y los líderes políticos se sentaban a conversar; sentían que había llegado la hora de programar la vuelta a la democracia.

Los intelectuales volvían a reunirse en los bares del centro de Buenos Aires y se abrían tres frentes de protesta: el teatro, las revistas de humor y los recitales de música popular.

Entretanto, buena parte de los argentinos, la llamada mayoría silenciosa, más preocupada por su bolsillo que por las libertades públicas, comenzaba a sospechar que también ella era víctima de la dictadura y que la acción de los militares no sólo estaba destinada a terminar con la guerrilla marxista. Por aquellos años el sueldo de los